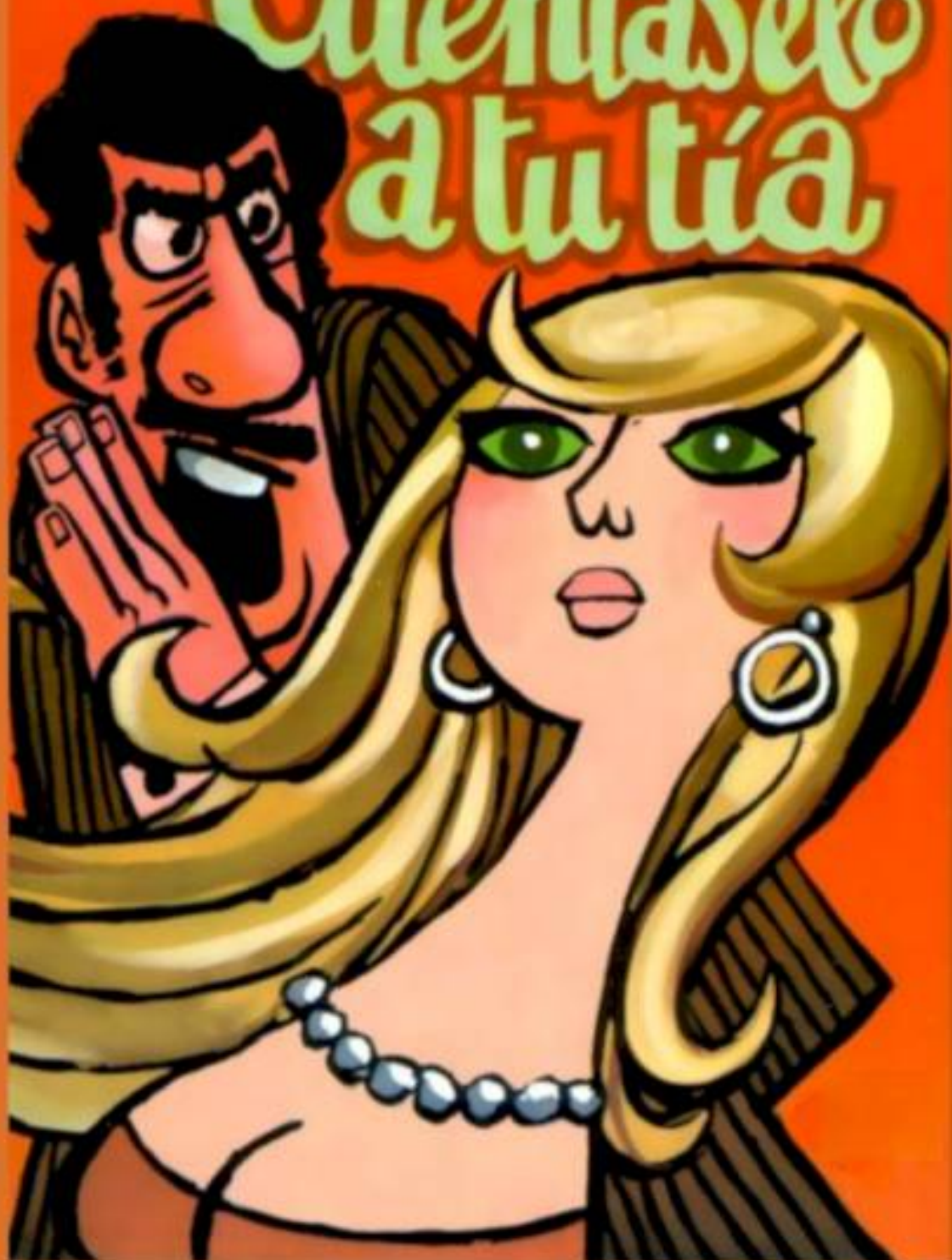


ALVARO DE LAIGLESIA

Cuéntaselo a tu tía



Ocho son las historias que abarca este título: no hay en ellas semejanza de fondo ni de forma; en cada una resplandece el estilo apropiado, la expresión precisa y el rasgo de humor más sazonado. Después de muchos días de ingente tarea creadora, Dios modeló un extraño animal bípedo. — Será mejor que dé por terminada la Creación —comentó contemplando aquella obra tan fea—, porque está visto que ya no se me ocurre nada. Por este motivo, el hombre fue la última criatura que salió de sus manos.

Prólogo

A la treintena llegan ya las obras publicadas por Álvaro de Laiglesia, el autor más leído y celebrado de los actuales humoristas.

Entre tantos libros, que para regocijo de los lectores ojalá sigan editándose al mismo ritmo acelerado, sólo cabe destacar como nota común la fertilidad creadora y la aquilatada ironía que rezuman todas sus páginas. Por lo demás, es tal la variedad de temas que abarca, la riqueza de matices que adornan los distintos relatos, tan diverso el tono que enriquece las múltiples y acertadas frases, que no es posible establecer comparación entre una novela y otra.

CUÉNTASELO A TU TÍA, el nuevo libro de Álvaro de Laiglesia —los títulos de este autor son sendos alardes de ingenio y oportunidad—, evidencia lo que antes se afirma. Ocho son las historias que abarca este título: no hay en ellas semejanza de fondo ni de forma; en cada una resplandece el estilo apropiado, la expresión precisa y el rasgo de humor más sazonado. Después de muchos días de ingente tarea creadora, Dios modeló un extraño animal bípedo.

—Será mejor que dé por terminada la Creación —comentó contemplando aquella obra tan fea—, porque está visto que ya no se me ocurre nada.

Por este motivo, el hombre fue la última criatura que salió de sus manos.

ÁLVARO DE LAIGLESIA

Probar el pastel

A LOS POSTRES DEL BANQUETE, alguien hizo tintinear una copa golpeándola con una cucharilla. Al principio nadie hizo caso, porque todos pensaron que el tintineo procedía de algún comensal que llamaba al camarero para que le sirviese más helado. Pero el ruidito cristalino siguió oyéndose cada vez con más intensidad. Y las conversaciones se fueron interrumpiendo a lo largo y a lo ancho del vasto salón.

Había llegado la hora de los discursos. O mejor dicho la hora y pico, porque los oradores solían ser prolijos en la entrega de aquel premio tan importante.

Cuando el silencio logrado al conjuro del tintineo alcanzó suficiente intensidad, se levantó el secretario de la comisión organizadora, que ocupaba una esquina de la mesa presidencial. Y empezó a decir algo que nadie oyó, porque el micrófono que tenía delante no funcionaba.

A nadie le preocupó este percance, ya que todo el mundo sabe que los micrófonos de los banquetes nunca funcionan al primer intento. Siempre tiene que acudir un técnico, que afortunadamente acude en seguida, a reparar la alcachofa del aparato. Y como la reparación sólo consiste en propinarle unos cachetes a la alcachofa hasta que se despabila, el percance queda subsanado con rapidez.

—Señores —se le oyó decir por fin al secretario, en cuanto el técnico despabiló el micrófono a tortazos—: Como es ya tradicional en la historia del periodismo contemporáneo, nos hemos reunido en la noche de hoy para entregar el Premio Oficial de Prensa a su ganador de este año.

Alguien se puso a aplaudir prematuramente, pero un vendaval de siseos apagó su entusiasmo. Y el orador continuó:

—Antes de que hagan uso de la palabra las dos ilustres personalidades que presiden este acto, y que ocupan sendos puestos de honor a derecha e izquierda del galardonado, leeré algunas de las adhesiones recibidas.

Y el secretario de la comisión organizadora empezó a leer un manojito de telegramas que había sacado del bolsillo:

—«Lamento no poder asistir, por haber padecido un ataque al hígado cuando supe que te habían dado el premio. Pero te felicita de todo corazón Evaristo Campomanes, finalista.»

«La Peña Literaria “Los desconocidos” felicita a su colega Fabián Domínguez, y se adhiere en espíritu a su homenaje por falta de medios para hacerlo en carne y hueso.»

«Bravo, sobrino. Stop. Acabas de demostrar que no estabas tan chalado como creyó tu familia cuando anunciaste que pensabas vivir de la pluma. Stop. Te abraza, tío Enrique.»

«En nombre de todos tus paisanos, que ya te habían olvidado y vuelven a recordarte, te saluda con orgullo el Alcalde de Peralejo.»

Concluida la lectura de adhesiones, el secretario añadió:

—Y ahora, antes que el ilustrísimo señor Premiador General haga entrega del premio a Fabián Domínguez, cedemos el uso de la palabra al no menos ilustre Fallador de Concursos Oficiales.

Como todos los asistentes al banquete eran concursantes en potencia, porque nunca se puede decir a este concurso no me presentaré, el Fallador fue saludado con una aduladora salva de aplausos. Este personaje, en cuanto se puso de pie y le colocaron el micrófono delante, empezó a decir:

—Señores y periodistas:

Hizo una pausa antes de aclarar:

—Y conste que con esto no quiero decir que los periodistas no sean señores, sino que hay aquí señores que no

son periodistas. Una vez más, por imperativos del cargo que ostento...

—¡Muy mercedamente, majo! —le interrumpió la voz de un adulator.

—... he tenido que fallar este Premio Oficial de Prensa. Y si la modestia que debe caracterizar a todos los servidores del Estado no me lo impidiera, me atrevería a calificar esta tarea de ardua e incluso de titánica. Titánica, sí, porque un auténtico titán hay que ser...

—¡Y tú lo eres, majo! —volvió a gritar el adulator.

—... para aguantar la montaña formada por los originales que se presentan a este concurso. Porque si tienen ustedes en cuenta que los originales hay que presentarlos por triplicado, y que a este concurso concurren todos los artículos periodísticos publicados en todo el país durante todo el año, comprenderán que no exagero ni pizca cuando afirmo que el montón adquiere carácter de montaña.

»Y es muy lógico que la concurrencia sea tan ingente y agobiante, si tenemos en cuenta que este premio supone la consagración definitiva del premiado.

»Porque éste no es un premiecillo oficioso, concedido por un jurado de particulares sin ninguna autoridad. ¡Nada de eso! ¡Éste es el Premio Oficial! ¡El único que refrenda oficialmente el talento del periodista que lo gana! ¿Se dan ustedes cuenta de lo que esto significa?

Hubo murmullos de asentimiento antes que el Fallador continuara:

—En la lotería literaria hay una abundante «pedrea» de premiecillos. Pero los premios «gordos», son los oficiales. Y no por su dotación económica, pues en la «pedrea» particular los hay mucho mejor dotados, sino por su valor simbólico. Porque el Estado es la Autoridad Suprema del país. Y no sólo la Autoridad, sino también la Sabiduría. ¿Hay alguien que lo dude?

Todas las cabezas se movieron en sentido negativo antes que el personaje reanudara su perorata:

—Siendo el Estado el más sabio de todos los jueces, ningún ciudadano puede considerarse inteligente hasta que el Estado no le confirme que lo es. Y los Premios Oficiales tienen esta inmensa importancia: la de confirmar la inteligencia de los ciudadanos que los reciben. Porque nada vale verdaderamente, ni nadie puede considerarse un verdadero valor, mientras su valía no tenga confirmación oficial.

El Fallador hizo una pausa para tomar aliento. Pero los concurrentes y futuros concursantes creyeron que la hacía para ser ovacionado, y le dispararon otra salva de aplausos.

—Este año —prosiguió el Fallador—, lo mismo que todos los anteriores, la tarea de fallar el Premio Oficial de Prensa me ha llevado varios meses. El jurado que yo presido, y que siempre hace lo que yo le mando, ha estado leyendo originales por espacio de mil quinientas horas. Y así, a fuerza de leer y eliminar, hicimos una selección de cien artículos. Poco a poco, en selecciones sucesivas, este centenar quedó reducido a una sola docena. Por fin, después de pasar estos doce originales seleccionados por cribas y tamices cada vez más finos, pude emitir el siguiente fallo:

»—El Premio Oficial de Prensa se concede a don Fabián Domínguez, autor del artículo titulado “La madre que nos parió”. Y ahora tiene la palabra el Ilustrísimo Señor Premiadador General, que entregará el preciado galardón al periodista premiado.

La concurrencia, en aquella ocasión, dobló su dosis habitual de aplausos para que ambos oradores (el saliente y el entrante) se la repartieran a partes iguales. Pero cuando el Fallador se había sentado, y antes que el Premiadador hubiese tenido tiempo de levantarse, ya estaba en pie Fabián Domínguez.

Y Fabián Domínguez, un hombrín delgado de aspecto insignificante, dijo:

—Con permiso de todos ustedes, me gustaría alterar por una vez el orden de los discursos.

Fuertes murmullos de asombro ante tamaño descoco, que no amilanaron al premiado:

—Ya sé que en el protocolo tradicional de estos actos el premiado habla el último, para agradecer el premio que recibe de manos del Premiador. Pero permítanme que hoy hable yo antes. Aunque en general el orden de factores no altera el producto, en este caso el producto debe sufrir una ligera alteración. Y bastará para conseguirlo con adelantar, en la suma total del acto, el factor que yo represento.

—Bueno —aceptó el Premiador General, encogiéndose de hombros—. Hable usted primero. Si de veras tiene tanto interés...

—Lo tengo —continuó Fabián Domínguez—, porque quiero tener la oportunidad de agradecerles estas horas inolvidables que me están proporcionando. Desde hace cuatro días, desde que los periódicos publicaron la noticia de que me habían dado este premio, vivo en un mundo fantástico y maravilloso. Me llueven las felicitaciones por carta y por teléfono. Hay periodistas que quieren entrevistarme, y revistas que me piden colaboraciones.

»He saltado a la fama de la noche a la mañana. Mi nombre, mi desconocido nombre, ha salido en letras de molde a dos columnas e incluso a tres. Y hasta he sido el centro de una rueda de prensa, en la que contesté a todas las preguntas que me hicieron muchísimos colegas. Colegas, sí, porque yo también soy periodista.

Y me sentí muy orgulloso cuando ellos me preguntaron:

—Ahora que tu firma ya es conocida, ¿piensas dejar la redacción de El Matutino?

—No lo sé aún —respondí—. Me están haciendo ofertas muy tentadoras. Pero llevo diez años escribiendo en El Matutino, y no creo que lo deje porque le tengo cariño.

—¿Y qué escribes tú en El Matutino? —me preguntó otro colega—. Porque yo, la verdad, no recuerdo haber visto tu firma.

—En realidad no firmo casi nunca —confesé—, porque lo que más escribo son crónicas de sucesos. Sólo cuando el suceso es bonito y vistoso, como por ejemplo el incendio de un teatro o un buen crimen pasional, suelo firmar la crónica con mis iniciales: F. D.

—Aparte del artículo premiado, que por cierto es estupendo, ¿cuántos artículos has escrito en tu vida literaria?

—¡Uf! —respondí abriendo los brazos—. Montones así de grandes. Pero sólo me han publicado siete. El séptimo ha sido el del premio.

—Muy merecido por cierto —opinó uno—, porque es un artículo de antología.

—Yo no lo he leído —confesó otro periodista—, pues los que hacemos los periódicos no solemos leerlos. ¿Puedes decirme de qué trata?

—«La madre que nos parió» —le expliqué— es un canto patriótico y enfervorizado a nuestra Madre Patria.

—¡Vaya tema, macho! —dijo el mismo que me había pedido la explicación—. Ahora comprendo que te hayan dado el Premio Oficial.

—No sólo se lo han dado por el tema —me defendió otro—, sino por la forma de desarrollarlo.

—Y por el lenguaje —añadió uno más—. Técnicamente, el artículo de Fabián es ese artículo perfecto que todos soñamos con escribir.

—Tan perfecto —comentó un tercer colega—, que la Escuela Estatal de Periodismo lo piensa incluir en una de sus asignaturas, como ejemplo de redacción.

—¿Es posible? —dije abrumado—. Eso yo no lo sabía.

—Te dará la noticia oficialmente el Premiador General, cuando te entregue el premio.

—Y yo —prosiguió Fabián Domínguez— quiero anticiparle mi agradecimiento al Ilustrísimo Señor Premiador General, por este gran honor que él piensa comunicarme en su discurso. Es más de lo que yo esperaba cuando presenté el ar-

título al concurso. Mucho más. Yo sólo pretendía, como todos los concursantes, probar el dulcísimo pastel de la gloria. Y lo he probado con creces. He podido degustar la dulzura de las enhorabuenas y el delicioso sabor de la celebridad.

»Mi oscura vida se ha iluminado con el resplandor de los *flashes* que manejan todos los fotógrafos que me han retratado.

»Ha sido una experiencia hermosa e inolvidable. He comprobado que basta morder un bocadito del glorioso pastel, para transformarnos a los ojos de todo el mundo.

»Porque antes del premio yo era un hombrecillo gris, con el pecho algo hundido y la espalda un poco encorvada. Era también feúcho y nadie se fijaba en mí. Después del premio, en cambio, me he convertido en un hombre brillante, con el tórax abombado y el espinazo erguido. ¡Fíjense!

Y Fabián hizo una pausa, para que los asistentes al homenaje pudieran contemplar la transformación que había experimentado.

Y todos le contemplaron muy derecho, como un faro al que ponían destellos de luz sus ojos fulgurantes de triunfador.

—Hasta debo de parecer bastante guapo —continuó después—, porque las mujeres han empezado a mirarme de otro modo. He notado este cambio en las dos mujeres que más me interesan: doña Milagros y Piluchi.

»Doña Milagros es la dueña de la pensión donde vivo desde que me coloqué en *El Matutino*. Antes de colocarme, cuando llegué de Peralejo para dedicarme al periodismo, viví muchísimo peor.

»Doña Milagros es una señora menudita y parlanchina, cuyo nombre le va como anillo al dedo. Porque es milagroso, en efecto, que sus huéspedes podamos vivir con lo poco que nos da de comer. Pero el día que se publicó la noticia de mi premio, a la hora de almorzar, doña Milagros me

dio una sorpresa. Cuando entré en el comedor y me dirigí al rincón más oscuro, donde está la mesita que yo ocupaba habitualmente, ella me cortó el paso:

»—Su mesa ya no es la del rincón, señor Domínguez —me dijo sonriendo—. Le he cambiado de sitio.

»—¿Sí? —me extrañe—. Pues llevo muchos años sentándome allí...

»—Por eso precisamente. Es usted uno de mis huéspedes más antiguos y merece ciertas consideraciones. Venga conmigo.

»La seguí y me condujo a la mesa mejor de todas: a la que está junto al balcón, bañada por el sol los días soleados y con hermosas vistas a la calle.

»—Desde hoy —me anunció la patrona con cierta solemnidad—, usted se sentará aquí.

»—¡Pero aquí se sentaba don Leandro! —observé, resistiéndome a ocupar la silla que me ofrecía—. ¿Qué va a decir don Leandro cuando venga?

»—Don Leandro ha venido ya —me explicó doña Milagros—, y ya ha dicho todo lo que se le ha ocurrido. Pero yo me he mostrado inflexible. Y al final de la discusión, hemos quedado en que a él se le servirán las comidas en su cuarto.

»—Pero —balbucí, confuso—, ¿por qué ha hecho usted eso?

»—Porque usted es escritor, y la mesa del rincón es muy oscura. Aquí en cambio, al lado del balcón, tendrá usted más luz para escribir.

»—Pero yo no escribo cuando como.

»—Es igual. Puede usted usar la mesa antes y después de las comidas, o cuando quiera. Como su habitación da al patio y resulta un poco sórdida, le permito que use el comedor como cuarto de trabajo.

»—Muchas gracias, pero no quisiera abusar de su amabilidad.

»—Usted no abusa, señor Domínguez, porque para mí es un honor tenerle en casa. El que ha abusado ha sido don Leandro, que por ser funcionario de Hacienda se cree el amo del mundo. Y no sé por qué, la verdad, porque su nombre no ha salido nunca en los periódicos.

»—Ahora que me fijo —añadí al sentarme a mi nueva mesa—, le agradezco también todos estos adornos que me ha puesto: observo que el mantel es de tela, y no de papel como en las otras mesas; y estas copas de cristal, en lugar de los vasos de «duralex»; y este búcaro con flores...

»—Le puse también un platito con aceitunas y queso —me indicó doña Milagros—, para que pique y se entretenga hasta que le sirvan la paella. Como ya sabe usted que la paella tarda veinte minutos...

»—¡No me diga —exclamé incrédulo— que tenemos paella!

»—Se lo digo en voz baja —murmuró la patrona—, porque la tiene usted solo. Y no quiero que se enteren los demás. Porque los demás tienen lentejas.

»—Me abruma usted con sus atenciones, doña Milagros.

»—La abrumada soy yo, por tener un huésped tan famoso.

»—Tanto como famoso...

»—No sea modesto, don Fabián. ¡Pero si en toda la prensa de hoy aparece su retrato! ¡Como si fuera usted un político, un futbolista o un criminal! Porque ya sabe usted que para salir con frecuencia en los periódicos de ahora, hay que ser una de esas tres cosas.

»—Pero mi fama es tan pequeña, que no merece una paella especial.

»—Pues especialísima va a ser; porque además del pollo y de las chirlas, lleva dos langostinos.

»—Eso es demasiado, doña Milagros —protesté.

»—Desde luego —admitió ella—. Al precio que están los langostinos, pensé ponerle uno nada más. Pero he que-

rido celebrar su éxito por todo lo alto. Porque yo tenía fe en su talento, señor Domínguez. Yo estaba convencida de que triunfaría. ¿No se lo dije nunca?

»—Quizá. Pero ahora no lo recuerdo.

»Sí recordaba en cambio lo que doña Milagros me decía hace años, en los primeros tiempos que pasé en su pensión, cuando yo era el menos considerado de todos sus huéspedes. Sí recordaba las escenas que me hacía todas las noches en ese mismo comedor, en la mesita del rincón que yo ocupaba entonces.

»Una noche, por ejemplo:

»—¡Pues la toma o la deja! —me gritó furiosa—. La sopa es la misma que han tomado todos los huéspedes, y usted es el único que se ha quejado.

»—No me quejo de su calidad —aclaré humildemente—, sino de su temperatura. Porque está completamente fría.

»—¿Y cómo quiere que esté, si hace ya dos horas que terminó de cenar todo el mundo? Bastante hago con guardarle la cena, para que el señorito venga a tomársela cuando se le antoja.

»—Cuando se me antoja, no —corregí—: cuando termino de trabajar.

»—Sí, ¿verdad? —se burló ella—. ¡A saber la clase de trabajo que tendrá usted!

»—La sabe usted también, porque se lo dije cuando vine a su pensión: soy periodista.

»—¡Cualquier cosa!

»—Cualquier cosa, no —volví a corregir—: redactor de un periódico.

»—Pero yo le admití porque es usted de Peralejo, y Peralejo está en la provincia de Valladolid. Y yo también soy vallisoletana. Por lo demás, como comprenderá, no le hubiera admitido.

»—¿Por qué no?

»—Porque ésta es una casa decente. Y los artistas y los periodistas, ya se sabe.

»—¿Qué es lo que se sabe? —me ofendí.

»—Pues que son bohemios y desordenados; que comen a las tantas y que siempre están a la cuarta pregunta.

»—Pero yo no soy así —protesté.

»—¿No? ¿Acaso no viste usted como un bohemio, con esa chaqueta de pana y ese chaleco de lana?

»—Mi forma de vestir no ofende a nadie.

»—Eso creerá usted, pollito —declaró la patrona en un estallido de indignación—. ¡Ofende a don Leandro!

»—¿Y quién es ese tío?

»—Don Leandro no es un tío, sino un caballero intachable que vive en esta casa desde hace mucho tiempo. Y hable de él con más respeto, porque no es ningún mindundi como usted, sino todo un señor jefe de negociado.

»—¿Ah, sí? Por los datos que usted me da, debe de ser el viejo cascarrabias que se sienta en la mesa junto al balcón.

»—A usted le parecerá un cascarrabias, porque se enfada cuando entra usted en el comedor vestido de mamarracho. Pero yo comprendo que un caballero que viste tan correctamente como don Leandro, se enfade al ver a una máscara como usted.

»—Pues no sé cuál de los dos parecerá más máscara: si yo con mi chaqueta de pana, o él con su cuello duro.

»—Usted no lo sabrá, pero yo sí —siguió atacándome doña Milagros—. ¿Por qué se imagina que le he sentado a usted en esta mesa del rincón, donde hay tan poca luz? Pues para que don Leandro le vea lo menos posible. Y no siga tirándome de la lengua, o será peor.

»—Peor que este rincón no hay ningún sitio en esta casa.

»—Pero puedo olvidarme de que es usted de Peralejo, y ponerle de patitas en la calle. Y por la miseria que me pa-